

á Ceciliano, obispo de Cartago, como habiendo sido ordenado por traidores. — En tanto que ministros indignos de un Dios de paz y caridad ofrecían al mundo este escándalo, san Pedro, patriarca de Alejandría, daba á su iglesia cánones ó reglas de conducta respecto de los cristianos fieles que no habían podido resistir á la violencia de la persecucion. Este monumento de la antigua disciplina de la Iglesia respira la mansedumbre y discrecion compasiva del buen pastor: la mayor duracion de las penitencias prescritas por san Pedro de Alejandría es de tres años; y es para los amos que habían enviado á sus esclavos en lugar suyo á presentarse á los tribunales de los jueces y sufrir los tormentos en lugar de sus amos. Respecto de los que solo sucumbieron por flaqueza y pusilanimidad, aun sin haber combatido, se les podia recibir á la comunión despues de un año de penitencia. — Tal es la virtud de los santos, llena de aquella *condescendencia misericordiosa del Hijo del hombre, que ha venido á buscar, no á los justos, sino á los pecadores.*

§ III. SAN MARCELO, PAPA (19 de mayo de 308-16 de enero de 310).

16. Aun mucho tiempo despues que había cesado en Roma la persecucion general y sangrienta, se buscaban con ahinco feroz los clérigos para meterlos en las cárceles ó lugares de reclusion: así es que solo pudo reunirse el clero romano el 19 de mayo de 308 para hacer cesar la vacante de la Santa Sede, eligiendo por papa á san Marcelo, uno de los sacerdotes que san Marcelino guardaba casi siempre consigo. La antigüedad cristiana alaba su firmeza en mantener el vigor de la disciplina. Despues de los estragos de la persecucion, gran número de cristianos que no habían tenido el valor de confesar constantemente su fe en presencia de los tiranos, pedían tumultuosamente que se les dejase volver al seno de la Iglesia sin pasar por las saludables pruebas de la penitencia canónica. Recibirlos así, no hubiera sido misericordia sino debilidad; así es que conociéndolo muy bien san Marcelo, supo resistirse á sus tentativas á expensas de su tranquilidad personal. Tal es el elogio

que de este santo nos hace el papa san Dámaso, sin darnos mas detalles.

17. Entretanto comenzaba á arborear en el horizonte del mundo el nombre de Constantino Magno, tan caro á la Iglesia. La Providencia, que vigilaba á su destino, le iba librando poco á poco de las trabas que parecia debían ahogar su naciente gloria. Hijo de Constancio Chloro y de Helena, hija de un fondista de Roma, sin favor ni proteccion conocida, despues del repudio de su madre, se vió reducido á agregarse á la corte de Diocleciano y peleó en las guerras de la Persia y del Egipto. Su valor, denuedo y modales afables le hicieron muy pronto extremadamente popular en los campamentos. La abdicacion de Diocleciano le puso bajo el poder y dependencia de Galerio, el cual, envidioso de su gran crédito para con los soldados, quiso deshacerse de él, excitándole á batirse cuerpo á cuerpo desde luego contra un sármata, y despues contra un leon. Constantino salió felizmente de esas maquiavélicas pruebas, y se libró con la huida de las maquinaciones de Galerio. A fin de no ser perseguido, hizo cortar los corvejones de los caballos de posta, á medida que iba cambiándolos en su fuga, y se juntó con su padre en Boloña en el momento en que este, vencedor de Carausio, se embarcaba para la Gran Bretaña. Constancio murió en Yorck algunos meses despues, en 306. Las legiones, ensayando con el último esfuerzo su poder, sin aguardar la eleccion del palacio, proclamaron á Constantino emperador. Galerio, á pesar suyo, se vió obligado á dejar el poder á este rival detestado por él. Aun le estaban reservados á Galerio otros sucesos mas pesados. Su tiranía había indignado extremadamente á los Romanos, que sacuden su yugo y dan la púrpura á Maxencio, hijo de Maximiano Hércules. El padre sale de su retiro, se une á su hijo, y á fuerza de presentes y promesas gana el ejército que Galerio enviaba contra ellos bajo el mando de Severo, su cólega en el imperio, y fuerza á este general á sajar sus venas (307). Galerio acude en persona, y llega con sus legiones á las puertas de Roma. Encuentra la capital fortificada y defendida por Maximiano y Maxencio, que



ya tenían previsto el ataque : le abandonan dos legiones , y huye vergonzosamente con el resto , haciendo á su paso asolar todo el país que pisa , para quitar á los dos emperadores la posibilidad de perseguirlo (308).

18. Si por una parte la Iglesia , agitada por las borrascas de la persecucion , era calumniada por los filósofos , hallaba por otra entre sus hijos ardientes y diestros defensores. La antigüedad cristiana nos ha conservado la memoria de los sabios y numerosos trabajos de san Metodio , obispo de Tiro , habiéndolo antes sido de Olimpia , ciudad marítima de la Licia. San Jerónimo le llama *el orador facundo* ; san Epifanio , *glorioso atleta de la verdad* ; san Gregorio Niseno , *un pozo de erudicion* ; y Andrés de Cesarea , *el gran Metodio*. Escribia durante la persecucion de Diocleciano , cuya víctima ilustre habia sido. Su obra principal fué una refutacion de quince libros de impiedades y calumnias que el filósofo Porfirio habia compilado contra la religion cristiana : mas solo nos quedan de esta obra capital de san Metodio dos fragmentos citados por san Juan Damasceno. Era necesario valor para tomar en manos semejante causa , cuando los cristianos , reputados la hez del mundo , no hallaban do quiera sino tiranos y suplicios. Los errores de Orígenes , ó á lo menos los que á su nombre tenian crédito en el Oriente , llamaron tambien la atencion de Metodio. Escribió para combatirlos muchos tratados particulares : sobre *la Resurreccion* , sobre *el episodio de la Pitonisa de Endor* , que Samuel hizo aparecer á Saul , sobre *el Libre albedrío* , y sobre *las Criaturas*. Varios comentarios sobre la mayor parte de los libros de la sagrada Escritura completaban el ciclo de una vida tan útil y tan preocupada por la causa de la verdad. Todas estas obras , escritas en griego , han desaparecido.

19. La persecucion que cerraba el mundo á los cristianos , habia inspirado seguir el camino de la soledad : viéronse en esta época cubrirse los desiertos de flores , segun expresion de los Profetas. Hemos visto ya á san Pablo , primer ermitaño , en 250 , durante la persecucion de Decio , entrar por este camino en que tantas generaciones de solitarios debian seguirle. Otro pa-

triarca de la vida cenobítica ilustraba en esta época el desierto : san Antonio , nacido en Egipto , de padres nobles y ricos. A los veinte años oyó leer en una iglesia el pasaje del Evangelio : « Si quieres ser perfecto , va , vende lo que tienes , dálo » á los pobres y sigueme : tú tendrás un tesoro en el cielo. » Tomó el consejo del Evangelio literalmente. A siguiente dia , no quedándole ya nada de la rica herencia que le habia dejado su familia , salió de su país y se puso bajo la direccion de un anciano que desde muchos años habia moraba en la soledad. El producto de esteras de junco que hacia con sus manos bastaba para alimento á un jóven criado en el lujo y la delicadeza. Se aplicaba y esforzaba en amortiguar todos los recuerdos del mundo , y meditaba de continuo las sagradas Escrituras , que llegó á saber todas de memoria. El demonio luchó abiertamente para apagar en esta alma heróica el germen de las virtudes que habian de desarrollarse mas tarde con tanto brillo para honra y ventaja espiritual de la Iglesia. Fantasmas impuros , mundanos recuerdos , su nobleza , el deseo de gloria , los placeres de la vida , iban y venian incesantemente al pensamiento del jóven anacoreta , que se internaba mas y mas en el yermo , redoblaba sus oraciones , vigiliás , ayunos y austeridades. Estos combates interiores , tan conocidos de todo el mundo con el nombre de *Tentaciones de san Antonio* , se acabaron con una brillante victoria de san Antonio sobre el espíritu de tinieblas. Diciendo un dia en que tenia apretadísimo el corazón : « ¿ Dónde estais , mi Dios , y porqué me abandonais ? » le respondió una voz : « ¿ No he dejado de estar contigo un » momento. Solo he querido ser espectador de tu valor. Y » porque has resistido , mi socorro no te faltará jamás. » Antonio dió gracias á su libertador , y al dia siguiente se fijó en un monte lejano de la Tebáida , en medio de ruinas abandonadas , para vivir con solo favores de Dios , lejos de las miradas de los hombres : allí vivió veinte años desconocido al mundo. La reputacion empero de su santidad le trajo muchedumbre de discípulos : se le vió entonces (307) salir de su misterioso retiro , curando enfermos á su paso , consolando á los



aflijidos, apaciguando las disensiones y reyertas, reconciliando enemistades enconadas, visitando los monasterios que se habian poblado bajo su direccion, unos al oriente del Nilo, otros al occidente, cerca de la villa de Arsinoe. Los solitarios recogian sus palabras como oráculos. « Los montes de la Te- » báida se llenaban de solitarios cristianos que pasaban los » dias y las noches en cantar salmos, en estudiar, en ayunar, » rogar, hacer oracion, trabajar con sus manos para hacer » limosnas, conservando entre sí el espíritu de paz, union y » caridad. A vista de estos piadosos solitarios, cuya conversa- » cion era toda con el cielo, se podria exclamar de nuevo : » ¡ Cuán magníficos son tus tabernáculos, ó Jacob ! y cuán » hermosas tus tiendas, ó Israel ! Como valles llenos de sombra » y frescura, como islas deliciosas en medio del caudaloso río, » como pabellones que el mismo Señor ha construido (1). » Tales son las palabras llenas de santo entusiasmo que arrancaba algunos años mas tarde tal espectáculo al elocuente patriarca de Alejandria, san Atanasio. Dios iba preparando de este modo, en los trabajos de una soledad fecunda, soldados de la verdad prontos á descender á la arena, como lo hizo mas tarde san Antonio mismo para defenderla valerosamente. Sin embargo aun no habia llegado el tiempo.

20. San Marcelo dió su sangre por esa fe que casi todos sus antecesores habian confesado como él en los tormentos. Tenia que ser el último papa del siglo tercero que padeciese martirio. Encarcelado por orden de Maxencio, que le mandaba renunciar al título de obispo y sacrificar á los ídolos, fué condenado á servir entre los esclavos que cuidaban de las caballerizas imperiales. Despues de nueve meses de este odioso suplicio, fué librado el santo papa una noche por su clero y acogido en la caritativa casa de Lucina, señora romana, que lo escondió con el mayor cuidado. La casa de esta noble viuda fué desde entonces convertida en una iglesia, á donde acudian los fieles en secreto á recibir las instrucciones y explicaciones

(1) San Atanasio, *Vida de san Antonio*.

de este valeroso pontífice. Pero fué descubierto este escondite; y Maxencio mandó prender á san Marcelo y le condenó al último suplicio. Constantino habia de vindicar un dia en la persona del tirano el derramamiento de esta sangre inocente. Fué amortajado y sepultado el santo cuerpo piadosísimamente por Lucina, fiel á su muerte como lo habia sido en la vida: ha sido trasladado despues á la iglesia de *San Marcelo*, que él habia fundado. La firmeza de este papa en mantener las reglas de la penitencia canónica le ha hecho acusar injustamente de rigorismo por algunos autores (Véase FLEURY, *Historia ecles.*, t. II, p. 573). Esta conducta era conforme á la Iglesia y á los deberes de un papa encargado de hacerlos respetar por todos los católicos.

§ IV. SAN EUSEBIO, PAPA (2 de abril de 310-26 de setiembre de 310).

21. El 2 de abril del año 310, san Eusebio, griego de nacimiento, y que en el siglo habia ejercido la profesion de médico, fué dado por sucesor á san Marcelo. Durante su corto pontificado, san Eusebio dió muestras de un gran celo y de vigilancia por la integridad de la fe en toda su pureza. Perturbaban á Roma algunos herejes: es probable que sus errores recaian principalmente sobre puntos disciplinales, segun lo que parece indicar cierta inscripcion antigua de esta época. San Eusebio desplegó la misma firmeza que su antecesor para asegurar la integridad de la penitencia canónica respecto de los *lapsos*. Maxencio, cuyo poder se habia consolidado en Roma á despecho de los esfuerzos de Galerio, no perseguia á los cristianos, mas intentaba intervenir en el gobierno interior de la Iglesia por un abuso de que la historia nos da frecuentes ejemplos. Dos meses despues de la eleccion de san Eusebio, Maxencio le desterró á la Sicilia como en castigo del vigor apostólico con que mantenía la disciplina cuya necesidad no podia comprender. El santo papa murió allí el 26 de setiembre del mismo año 310, habiendo gobernado la Iglesia unos cinco meses.



§ V. VACANTE DE LA SILLA DE ROMA (26 de setiembre de 310-3 de julio de 311).

22. El principio del año 310 vió el castigo de uno de los perseguidores de la Iglesia. Maximiano Hércules no tardó en querellarse con su hijo Maxencio, que reinaba en Roma. Pasó á las Galias, y halló en Constantino, esposo de su hija Fausta, noble y generosa hospitalidad que solo pagó con crímenes. Ya en 308, en tanto que Constantino, ocupado con algunas legiones en reprimir en los bordes del Rhin las incursiones de los Francos, habia dejado á su padre político con el resto del ejército en la Provenza, Maximiano habia logrado seducir á los principales oficiales del ejército y á los gobernadores de las ciudades, y se habia apoderado del poder. Al saber esto corre Constantino á marchas forzadas hasta Arles, que le abre las puertas. Persigue y apresa al usurpador bajo los muros de Marsella, y la sola venganza fué despojar de la púrpura á Maximiano; pero le guardó en palacio cerca de sí. La impunidad envalentonó á este viejo consumado en el crimen: hace prometer á Fausta de dejarle abierta la puerta del dormitorio de Constantino; y en cierta noche, sorprendiendo y eludiendo la vigilancia de las guardias, se acerca al lecho imperial y atraviesa á puñaladas un cuerpo dormido, que no era otro que un eunuco al que, instruido de la trama por la fiel Fausta, Constantino habia hecho acostarse en su lecho. Maximiano, cogido en fragante delito, con el puñal ensangrentado en la mano, y ebrio de gozo por haber asesinado á su yerno, se ve forzado á escoger por sí mismo el género de muerte, y se ahorca con sus propias manos, vindicando así la sangre de tanto mártir como habia hecho morir (310).

23. Aun continuaba encruelciéndose en el Oriente la persecucion comenzada por Diocleciano. De cuantos habian tomado parte en ella y que se glorificaban de haber acabado con el nombre cristiano (1), solo quedaba en pié Galerio; mas no tardó

(1) « Diocleciano, César Augusto, despues de haber adoptado á Galerio, en el

en llegar su hora. Se estaba preparando, con nuevas crueldades, á celebrar el año vigésimo de su reinado, cuando cargó sobre él la mano de Dios. Una horrorosa úlcera se declaró y se fué extendiendo en la parte inferior de su cuerpo, de la cual salia sangre negra y corrompida, gusanos que pululaban y hervian, y en fin un olor fétido intolerable. La parte superior se secó como un esqueleto y estaba horrible de seco, y de un color lívido: sus piernas y piés estaban tan hinchados, que no se conocia su forma. En medio de los tan atroces dolores como le causaba esta enfermedad incurable, Galerio pasó de un exceso de crueldad inaudito á una clemencia que asombraba á todos. Habia desde luego mandado arrojar á las fieras del anfiteatro los médicos primeros, porque habian sido muy desacertados. Mas como estas muertes no le curaban, hizo saludables reflexiones sobre su pasado. Le perturbaba mucho el recuerdo de los cristianos cuya sangre habia hecho correr á torrentes, y cansado de remedios humanos, quiso probar cómo apaciguar la ira del Dios á quien tanto habia ultrajado. La ciudad de Sárdica, testigo de sus padecimientos, lo fué tambien de su tardío arrepentimiento: pues que desde esta ciudad publicó un edicto en que restituia á los cristianos el libre ejercicio de su culto y religion. Todos los títulos que toma en este documento, el cual nos ha conservado Eusebio, hacen ver mas y mas su impotencia para destruir una religion que le arrancaba, en su lecho de muerte, un testimonio de benevolencia (1). Galerio no

Oriente; despues de haber abolido por todas partes la supersticion de Cristo, y extendido el culto de los dioses..... » Y otra inscripcion hallada igualmente en España: « Diocleciano Júpiter, Maximiano Hércules, Césares Augustos, despues de haber extendido el imperio romano en Oriente y en Occidente, y de haber abolido el nombre de los cristianos que trastornaban al Estado... » (*Inscrip. numism. apud Grulfer*, p. 280.)

(1) Hé aquí el texto del edicto: « El emperador César, Galerio Valerio Maximiano, invencible, augusto, pontífice soberano, Germánico, Egipcio, Sárdico, Tebáico, Pérsico, Cárpio, Arménico, Médico, Adiabénico, en el vigésimo año de su poder tribunicio, el décimonono de su imperio, cónsul por la octava vez, padre de la patria, procónsul, á los habitantes de sus provincias, salud: Entre los muchos cuidados que nos ha dado nuestra solicitud por los intereses públicos, habiamos tratado desde luego de hacer revivir las costumbres de los antiguos Romanos, y que los cristianos siguieran la religion de sus antepasados que habian abandonado. Sub-



sobrevivió mucho tiempo á este acto de suprema justicia : murió como Antíoco, porque habia vivido como él. Antes de espirar recomendó á Licinio, á quien de nada habia creado César, á su mujer Valeria, y Candidiano su hijo. Mas apenas hubo cerrado los ojos Galerio, Licinio para pagar su deuda de agradecido hizo morir muy pronto á Valeria y Candidiano. La justicia divina se valia del furor de aquellos monstruos para extender por toda la raza de los perseguidores el castigo de los inveterados crímenes de los padres. La muerte de Galerio dejaba el imperio legítimamente partido entre Constantino, Licinio y Maximiano, los cuales reconociéndose todos tres como augustos, pero disputándose la preeminencia, reinaban, el primero en las Galias, España y Gran Bretaña, el segundo en la Iliria, el tercero en el Asia, el Oriente y Egipto. El centro del imperio, esto es, la Italia y el África, estaba en poder de Maxencio, el cual no habiendo sido proclamado jamás emperador de un modo regular, ni por Diocleciano, ni por Galerio, era mirado como usurpador, en latín *tyrannus*.

24. El nuevo edicto de Galerio produjo en todo el Oriente, á favor de los cristianos, lo que los Judíos habian experimentado al fin del cautiverio de Babilonia. Fueron puestos en libertad todos los confesores presos en los calabozos; y restituidos á esta y á ver la luz del día los condenados á las minas. Se veia, en todas las ciudades, celebrar los cristianos sus asambleas, hacer sus ordinarias colectas para socorrer á los

yugados por una influencia nueva, habian abandonado las máximas de sus padres, y formaban asambleas para un culto nuevo. A consecuencia de nuestras ordenanzas han perecido en gran número por diversos suplicios. Sin embargo, viendo que los que aun sobreviven perseveran en sus sentimientos y rehusan servir á los dioses, aunque no tengan la libertad de adorar al Dios de los cristianos; no consultando sino á nuestra clemencia y á esta bondad natural que nos ha impelido siempre á inclinarnos del lado de la indulgencia, hemos creído extender á ellos nuestra paternal misericordia. Podrán pues profesar libremente su religion y restablecer los lugares de sus asambleas, sometiéndose empero á los reglamentos del imperio. Por otro decreto haremos saber á los magistrados la conducta que han de observar con ellos. En virtud de esta gracia que les otorgamos, los cristianos estarán obligados á rogar á su Dios por nuestra salud, por la salvacion de la república, á fin de que el imperio prospere en todas partes, y que puedan ellos mismos vivir en paz y con seguridad. »

pobres, viudas y huérfanos. Aparecia de nuevo la caridad en el mundo, al propio tiempo que la religion de Cristo. Los paganos, que habian creído asistir á los funerales del cristianismo, sorprendidos y atónitos de revolucion tan inesperada, proclamaban en grito que el Dios de los cristianos, vencedor de los Césares, era el solo grande, solo verdadero. Los confesores, libres ya de sus cadenas, volvian á su patria, y atravesaban las ciudades en medio de aclamaciones y cantos de triunfo. Se les veia, en numerosos grupos, por los caminos y plazas públicas, cantar salmos y cánticos. Las poblaciones, hasta las paganas mismas, se asociaban á su regocijo; por manera que era una fiesta pública para el imperio la reaparicion de estos cristianos que, desde ocho años habia, se trataba de exterminar con el mayor rigor en toda la extension del imperio.

§ VI. SAN MELQUIADES, PAPA (2 de julio de 311-10 de enero de 314).

25. Pasados nueve meses de una vacante cuyos motivos no nos ha dejado consignados la historia, la silla de san Pedro fué ocupada por san Melquíades. Cupo á este venturoso pontífice recoger en la paz lo que sus antecesores habian sembrado en los combates y con su sangre. Comenzó su administracion enviando á los diáconos Stratano y Casiano á volver á tomar posesion de las iglesias y otras propiedades que segun los nuevos edictos tenian que ser devueltas á los cristianos.

26. En el primer año del pontificado de san Melquíades (311), se consumó por desgracia el cisma de los Donatistas en Cartago. Los obispos de África, aprovechándose de la paz que acababa de darse á la Iglesia, se habian reunido en Cartago para nombrar sucesor á Mensurio, obispo de esta ciudad, muerto durante la persecucion: fué elegido á la unanimidad el diácono Cecilio, y el obispo de Aptonga, Félix, le impuso las manos, le hizo sentar en la silla episcopal y le entregó el inventario de vasos sagrados de plata y oro, de cuya guarda habia encargado Mensurio á los ancianos de la iglesia. Algunos de estos infieles depositarios habian esperado volver á